

Abra del Inti

Ariel Díaz

Está lloviznando
desde que tengo memoria.
La humedad ha dibujado en mis pulseras
el mutismo que enfrento en cada calle,
puertas al agua,
al borde de las bocas de tormenta
con mis brazos sobre sierras quemadas,
estoy a la par de la grafía
que reproduce todas las fisuras de mis huesos,
arrodillado en los anillos de un árbol
que mira sus heridas,
sin pircas,
ante la respiración y el relato de las cañas incendiadas.
Las cenizas son mi única permanencia:
he vuelto al germen donde los huesos no tienen pasado.
Los extranjeros sin paraíso
masticaron mis paisajes
y guardaron en mi armónica
los terremotos de otros siglos.
En sus cuerpos,
precipicio en la curva, grité:
venderé mi boca al viento
y esconderé mi inocencia
por los ausentes de cada generación,
los supervivientes de túneles
y zanjas en las que arpegio
y humo formaron una rueda
que acarició solo a los que supieron
descifrar las lenguas de este lienzo.
Ellos dijeron: el mundo es palabra;
y las máquinas se ahogaron en sus conciencias.
Llegué a la mañana,

con la nariz de la caricatura,
la malicia del dibujante;
“no tengas lástima del viejo” pensé,
y depuré la garganta
de una vicuña en el pasto.
Nací cuando un siglo concluía
y los ramales cerraban,
no podía retenerlo.
Su estación nunca fue pueblo
y debía volver a la barranca,
a empujar la hamaca en el abismo,
a tocar la luz que siempre espera en la orilla,
al abrazo que nos eleva
cada vez que levantamos una linterna
para alumbrar el cielo.
Él también fue un ausente,
rasguñó las costuras y comió la lombriz
y el hueso de un feto gestado hace quinientos años.
Busqué a su hija,
ya no se hallaba en el catre,
y solo quedaba mi expulsión
o la patafísica,
el rancho vacío,
los dientes de leche
que la madre guardaba
en las orejas de un tapir tuerto.
En ella era posible
la confirmación del espíritu,
un grafiti del aura
en los íconos de un teclado.
Aquí, en el café de los gitanos,
leo la partitura de la ocarina
que los ovillos de piedra
me regalaron en la Panamericana,
la fuente de lluvia
en la que los peces hacen dedo.
Ahora,

un mural a través de la servilleta,
y ellos ahí, la hija, el viejo,
un mural de bosques en llamas.
Quisimos ser dioses
y dejamos el árbol.